

ello, académicamente recomendable. [ÁNGEL ESTÉVEZ MOLINERO].

CALERO VAQUERA, M.^aL., *Proyectos de lengua universal. La contribución española*, Córdoba: Publicaciones de la Universidad de Córdoba y Obra Social y Cultural CajaSur, 1999, 162 págs.

La presente obra se estructura en dos grandes capítulos: la autora estudia, en primer lugar, la historia de las tentativas de creación de una lengua universal para pasar, en segundo lugar, al estudio de la contribución española. No faltan las conclusiones ni las cuantiosas referencias bibliográficas utilizadas en dicha investigación.

Los diferentes factores que justificarán la creación de una lengua común al género humano se dan a principios del siglo XVII: entre otros, la decadencia del latín, el descubrimiento de otras lenguas diferentes a las europeas y los viajes a países extranjeros. En cuanto a la construcción de una lengua universal, el primer sentir común fue el que tal lengua debía ser producto de una elaboración artificial. Sin embargo, la autora reconoce que a partir de la publicación de la *Histoire de la langue universelle* (1903) de L. Couturat y L. Leau es posible hablar de familias de proyectos. Una primera familia de proyectos fue la constituida por los "sistemas a priori". En el marco de estos sistemas se distinguen dos grandes grupos: las *pasigrafías* o códigos universales escritos, y las *lenguas a priori* o *pasifrasías* que tienen en consideración la doble vertiente oral y escrita.

Las pasigrafías fueron los sistemas más rudimentarios de lenguaje universal, que pretendían ser simples códigos de escritura, carentes de manifestación oral. Los autores de pasigrafías utilizan signos inventados, pretendidamente lógicos; o bien se sirven de las cifras árabes, o de los caracteres chinos. Según el orden asignado a las palabras o a las ideas, las pasigrafías pueden ser filosóficas o puramente empíricas o prácticas. En cuanto a las primeras, el primer trabajo es el manuscrito inédito del jesuita Kircher, de hacia 1600. A este sigue el trabajo del jesuita español Pedro Bermudo (*Arithmeticus nomenclator mundi omnes nationes ad linguarum, et sermonis unitatem invitans*), publicado en Roma en 1653. Pedro Bermudo procedió a realizar una distribución de los conceptos en 44 clases. Atribuye un número romano a cada clase y otro guarismo independiente a cada una de las nociones contenidas en ella. Por tratarse de una clasificación conceptual es una pasigrafía filosófica. Otro ejemplo de pasigrafía filosófica es el primer proyecto de sistema universal de Leibniz (*Dissertatio de arte combinatoria*, 1666). Un intento tardío de pasigrafía filosófica es la propuesta de Sinibaldo de Mas (1844), *L' Idéographie*, escrita en francés. Este proyecto difiere del de Pedro Bermudo por la naturaleza de los signos empleados, que aquí no son de orden numérico, sino signos que recuerdan inevitablemente a las notaciones utilizadas en las partituras musicales. El autor reconoce que se ha inspirado en la propia figura de los caracteres chinos. Esta pasigrafía presenta una rudimentaria clasificación conceptual. Según la Profesora Calero, la lectura atenta de estas páginas sugiere interesantes reflexiones lingüísticas, a pesar del carácter anacrónico de la propuesta.

Por otra parte, como muestra de pasigrafía no filosófica, la autora cita otro ensayo de Kircher (*Polygraphia nova et universalis, ex combinatoria arte detecta*), publicado en Roma

en 1663. Aparte de los proyectos españoles –dos ejemplos de pasigrafías filosóficas–, la autora afirma que en la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVII proliferaron los estudiosos que elaboraron sistemas de escritura universal. A continuación reconoce que estos primeros intentos no pueden considerarse verdaderas “lenguas”, puesto que estaban constituidos por signos impronunciados denominados *universal characters* (= símbolos universales). Al no poder ser pronunciados estos códigos signícos por estar restringidos a la escritura, hubo autores que hicieron corresponder letras o sílabas a cada símbolo con el fin de procurar su virtual realización fonética. Estos sistemas (gráficos y orales) son conocidos por *pasifrasas* lenguas en sentido estricto. Sin embargo, estas primeras lenguas universales nunca fueron habladas, ya que sus inventores no se ocuparon de cuestiones de estricta índole fónica, problemas que se resuelven a partir de la segunda mitad del siglo XIX, cuando las lenguas artificiales se conciben principalmente para el intercambio oral. Las pasifrasas ofrecen también las dos versiones que se distinguían en las pasigrafías: lenguas apriorísticas no filosóficas y filosóficas. En los proyectos españoles las pasifrasas, al igual que las pasigrafías, son siempre filosóficas. Las lenguas apriorísticas filosóficas se construyen sobre la base de una ordenación y clasificación de lo real. La Profesora Calero afirma que el gran problema que conllevaban los sistemas apriorísticos, pronunciables o no, era la ingente cantidad de símbolos que debía almacenar la memoria con el fin de expresar la infinita variedad de ideas generadas por la mente humana. Por lo tanto, se imponía una sustancial reducción del número de signos constituyentes de la lengua universal, si ésta pretendía ser realmente práctica y efectiva.

Durante el Renacimiento –téngase en cuenta que la contribución española en este sentido no llega hasta el siglo XVIII– Bacon y Descartes defendían que para la transmisión del conocimiento no eran imprescindibles las palabras, sino que bastaba cualquier signo que expresara diferenciaciones suficientes para ser percibidas por los sentidos. Estos dos autores influyeron en los denominados por M.^a Luisa Calero “dos de los más ingeniosos constructores de lenguas artificiales del siglo XVII: George Dalgarno y John Wilkins. Dalgarno (1661) construye una lengua universal que es básicamente un vocabulario basado en la clasificación lógica de todos los conceptos. Pretendía encontrar diecisiete categorías o clases, cada una de ellas identificada por una primera letra romana o griega, que constituye el alfabeto de su lengua. Estas diecisiete clases procedía a dividir las en subclases, a las que atribuía una segunda letra diferente, procurando la alternancia entre vocales y consonantes para la pronunciabilidad de los vocablos. Cada una de las letras tiene asignado un valor numérico fijo. Wilkins (1668) pretende mejorar la propuesta de Dalgarno con la iniciativa cartesiana de una ordenación de las ideas siguiendo una progresión natural. Wilkins amplía las categorías conceptuales a cuarenta, subdividiendo los conceptos de cada una de ellas en 251 diferencias y 2030 especies. Esta exhaustiva clasificación es seguida de una exposición de la gramática filosófica que presidirá la aplicación de reglas en la combinación de los signos. Leibniz (1678) dio a conocer un segundo proyecto de lengua universal, *Lingua generalis*, donde creía posible reducir cualquier actividad mental a un cálculo numérico: intentaba probar que la combinación de las ideas es similar a la multipli-

cación aritmética.

Entre las lenguas apriorísticas no filosóficas, la autora de este libro cita el significativo ejemplo de Solresol (1866), lengua proyectada por Jean François Sudre, quien toma como elementos primarios de su sistema las siete notas musicales. La contribución española a las pasifrasías es tardía. El primer proyecto es el de fray Martín Sarmiento: *Tentativa para una lengua general* (1760), aunque publicado en el Boletín de la Real Academia en 1929-30. Este diseño va encaminado a unificar la anárquica nomenclatura científica que en materia de zoología, botánica y mineralogía reinaba en su tiempo. Propone una correlación estricta y paralela entre las dos series naturales de las cosas creadas por Dios y de los números en progresión aritmética. Por lo tanto, aquí es inequívoca la influencia de Descartes. Para la Profesora Calero la originalidad de este método radica en la combinación que hizo de los procedimientos ajenos que conocía, y cuya importancia se centra en ser el primer diseño español que prevé la transmisión verbal de la lengua inventada, aprestando los medios necesarios para llevarlo a cabo). El proyecto que gozó de mejor acogida dentro y fuera de nuestro país fue el de Bonifacio Sotos Ochando (1845-1866). Este proyecto es un sistema filosófico y analítico, con un léxico que permanece al margen de las lenguas naturales, dirigido al intercambio entre personas cultas y preeminentemente escrito. Estas características coinciden con las de las lenguas filosóficas del siglo XVII, pese al ser contemporáneo al Volapük o al Esperanto, que son lenguas no filosóficas, creadas *a posteriori*—sobre la base de las lenguas naturales— con una finalidad auténticamente universalista. Sin embargo, dos características imprimen al proyecto de Sotos una cierta modernidad: su estructura sintáctica se construye siguiendo las pautas de las lenguas naturales, como procedían las lenguas *a posteriori*, y su autor está lejos de pretender la construcción de la lengua universal en solitario. Sotos reduce el número de nociones simples a 20 y hace corresponder a cada una de esas 20 categorías una sola letra del alfabeto latino, de modo que en este grafema inicial se encierra el significado más extenso del vocablo. Por lo tanto, el número de letras queda reducido a 20 (5 vocales y 15 consonantes). Para M.^a Luisa Calero la lengua universal propuesta por Sotos tiene el defecto de no contar con las naturales en la construcción de su caudal léxico. En su apriorismo reside justamente su principal defecto. Por otra parte, la clasificación lógica de todas las ideas humanas es una tarea ilusoria. Es una lengua pretendidamente universal, porque se produce un total isomorfismo entre el plano del contenido y el plano de la expresión. Y para la autora todavía caben dos observaciones: la sintaxis de esta lengua se ha elaborado calcando las estructuras sintácticas de la lengua española, lo que dice poco a favor de la pretendida universalidad de este sistema. Por último, resulta contradictorio que adopte como guía de pronunciación de lengua universal el francés.

Aunque Couturat y Leau hablan de "sistemas mixtos" como grupo aparte de los "sistemas a posteriori", a M.^a Luisa Calero no le parece pertinente tal distinción, "puesto que en cualquier lengua artificial elaborada sobre la base de las lenguas naturales siempre

existe un afán racionalizador, es decir, una cierta dosis de apriorismo" (p. 27). La diferencia para esta autora se reduce a una cuestión de gradación: mayor participación del elemento apriorístico en los proyectos "mixtos", menor en los sistemas "a posteriori", "diferencia cuantitativa que no parece justificar la separación" (p. 28). Las lenguas ideadas "a posteriori" conocen su mayor auge durante la segunda mitad del siglo XIX. Tanto la Société Internationale de Linguistique como la American Philological Society tomaron como suya la idea de construir una lengua general. En cuanto a los proyectos elaborados fuera de España, los más importantes son el Volapük de Schleyer (1880) y el Esperanto de Leyzer Zamenhof (1887). Aunque el primer proyecto completo de idioma artificial, según Couturat y Leau, elaborado con un procedimiento "a posteriori" es la Lengua de Comunicación (Communicationssprache) de J. Schipfer (1839).

La contribución española empieza por el anónimo de 1852, primera muestra de una larga serie de proyectos que durante la segunda mitad del siglo XIX nacieron al dictado del criterio de la internacionalidad. También, es el primer ensayo conocido de lengua universal, que se sirve de los elementos comunes de varias lenguas europeas (latín, italiano, español, francés, inglés y alemán) para construir el léxico de la nueva lengua general. Para la Profesora Calero se trata de un proyecto de gran modernidad por ser un procedimiento alejado de los ideados por los inventores de las lenguas "a priori", esencialmente filosóficas y sin sustento en las naturales. Sin embargo, la autora observa estos inconvenientes: el convencimiento de que su lengua terminará imponiéndose sobre las vigentes; el apriorismo en cuanto a la formación del léxico de este sistema lingüístico, ya que los vocablos propuestos a veces se inventan sin más; y en esta obra no se nos presenta más que un esbozo de la morfología, eludiéndose el trascendente capítulo de la sintaxis. Finalmente, la autora insiste en que se trata del primer intento de construir un idioma universal basándose en el principio de la internacionalidad de los elementos léxicos. El segundo proyecto español de lengua "a posteriori" que se estudia es el de José López Tomás (1918), que toma al español como modelo de lengua universal. J. Schipfer (1839) había escogido el francés. Por lo tanto, hay que esperar al siglo siguiente para hallar un nuevo ensayo en el que se opta también por una sola lengua, el español: *Lengua española universal*. Entre las razones aducidas, se dice que el español posee una escritura casi fonética y es la segunda en importancia por el número de hablantes. Según M.^a Luisa Calero, las reformas de López Tomás se dirigen a dos frentes: con algunas correcciones ortográficas conseguirá reflejar fielmente la pronunciación; por otro, la morfosintaxis, cuyas reglas quedarán simplificadas tomando la sencillez de la estructura gramatical inglesa, especialmente su conjugación verbal. Es en este segundo aspecto donde radica la originalidad de nuestro autor. Es cierto que el proyecto de López Tomás encierra una importante dosis de realismo frente a los utópicos ensayos de otros tiempos, pero el autor no parece darse cuenta de que el menor intento de alteración de una lengua natural se encuentra abocado al fracaso. En cuanto a la tendencia actual, dado el fracaso obtenido por todas las tentativas de elaboración de una lengua universal, "es que tal lengua ha de ser un idioma vivo, sin la más mínima simplificación o regularización en su forma: [...] el menor intento de alteración o

modificación de una lengua natural (ya proceda de un esfuerzo individual, ya institucional) la más mínima imposición de arriba abajo que afecte a la estructura formal de las lenguas, se encuentra *per se* condenada al fracaso" (pp. 34-35).

M. ³Luisa Calero, tras un análisis muy completo y riguroso de los distintos proyectos de lengua universal, demuestra en este libro que la contribución española ha sido significativa. [SALVADOR LÓPEZ QUERO].

CALSAMIGLIA BLANCAFORT, H. y TUSÓN VALLS, A., *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*, Barcelona: Ariel, 1999, 386 págs.

La actual importancia de los estudios lingüísticos centrados en el discurso, y por extensión en los aspectos pragmáticos de la comunicación, ha motivado la edición de este grueso volumen al que sus autoras titulan *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*, justificando su intención de "presentar una panorámica y proporcionar un estímulo a quien pretenda una formación lingüística que aborde aspectos complementarios a la descripción de la lengua que se puede obtener en las gramáticas" (Presentación, pág. 12). La obra puede considerarse, pues, como uno de los últimos frutos del tipo de investigación dada a conocer en España en 1987 con el libro de M. Stubbs *Análisis del discurso. Análisis sociolingüístico del lenguaje natural*, y como una síntesis de las aportaciones que en esta línea han venido proporcionando muy diversos autores interesados también en cuestiones similares o coincidentes. Este esfuerzo por sintetizar, por resumir, queda claro sobre todo en el capítulo 1, en el que se intenta caracterizar qué se entiende por "análisis del discurso", enumerando las unidades que importan a tal análisis y esbozando el marco teórico de las disciplinas que de una u otra forma han contribuido a configurarlo "no sólo como una práctica investigadora sino también como un 'instrumento de acción social' aplicable a muy diversas "esferas de la vida social en las que el uso de la palabra -oral y escrita- forma parte de las actividades que en ellas se desarrollan" (pág. 26). Y dado que el discurso se manifiesta alternativamente a través del medio oral y a través del medio escrito, los capítulos 2 y 3 estarán centrados en el estudio de estas modalidades discursivas. Partiendo, pues, de los elementos básicos que aparecen en una situación de oralidad, y observando las formas en que se concreta, las autoras describen las características de la "conversación espontánea", vista como "protogénero o prototipo del que derivan todas las demás formas de realización discursiva" (pág. 32). Son, a continuación, variados los epígrafes dedicados al discurso oral y a sus características lingüístico-textuales, pero es oportuno destacar el que se circunscribe a los "elementos no verbales de la oralidad", descuidados por la tradición de los estudios lingüísticos y de naturaleza también muy diversa: gestos (elementos kinésicos), calidad de la voz, vocalizaciones (elementos paraverbales), reparto del espacio físico, etc. (elementos proxémicos). En paralelo a las producciones orales, las escritas (de las que el libro ofrece puntuales datos históricos y clasificaciones elaboradas según ámbitos temáticos) también son objeto de estudio dentro del Análisis del Discurso: junto al tratamiento de los procesos de escritura y de lectura se comenta igualmente la aparición de elementos no verbales y la importancia de características lingüístico-textuales